LIBROdot.com

NADJA

**

ANDRÉ BRETÓN

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

...Espero, en todo caso, que la presentación de una serie de observaciones, de esta índole y de la que seguirá sea adecuada para precipitar a algunos hombres a la calle, después dé haberles hecho cobrar conciencia, si no de la nada, por lo menos dé la grave insuficiencia de todo cálculo supuestamente riguroso sobre ellos mismos, de toda acción que exige una aplicación continuada y que ha, podido ser premeditada. El viento se lleva el menor hecho que se produce, si es verdaderamente imprevisto. Y que no se me hable, después de esto del trabajo, quiero decir del valor moral del trabajo. Me veo obligado a aceptar la idea del trabajo como necesidad material; a ese respecto, me inclino decididamente en favor de su mejor, es decir, de su más justa repartición. Que las siniestras obligaciones de la vida me lo impongan, sea; pero que se me pida que crea en él, que reverencie el mío o el de los demás, nunca. Prefiero, una vez - más, caminar durante la noche a creerme aquel que anda durante el día. De nada sirve estar vivo si es necesario trabajar. El acontecimiento del cual cada uno está en el derecho de esperar la revelación del sentido de su propia vida, ese acontecimiento que tal vez yo aún no he hallado pero por cuya senda voy, no se logra al precio del trabajo. Pero advierto que me adelanto, porque tal vez ahí está, por encima de todo, lo qué a su tiempo me ha hecho comprender y lo que justifica, sin más demora, la entrada en escena de Nadja.

Por fin, la torre del Manoir d'Ango salta por los aires y una nieve de plumas, que cae de sus palomas, desciende hasta el suelo del gran patio, empedrado, poco ha, con fragmentos de tejas y ahora cubierto de verdadera sangre.

El 4 dé octubre último, al final de una de estas tardes completamente ociosas y tristes, cuyo secreto de saber pasarlas yo tengo, me encontraba en la calle Lafayette. Después de haberme detenido unos minutos ante el escaparate de la librería dé L'Humanité y haber comprado la última obra de Trotsky, seguí andando en dirección de la ópera. Las oficinas y talleres empezaban a vaciarse. De arriba abajo de las casas se cerraban puertas, algunas personas se estrechaban la mano en las aceras, que empezaban a bullir de animación. Sin quererlo, observaba yo los rostros, los atavíos ridículos, el modo de andar de la gente. Vaya - pensaba - , no eran ésos los que estarían dispuestos a hacer la Revolución. Acababa de cruzar una plaza cuyo nombre he olvidado o ignoro, allí, delante de una iglesia. De repente, cuando ella se encontraba a unos diez pasos de distancia de mí, andando en dirección inversa a la mía, veo a una joven, muy pobremente vestida, y ella también me ve ó me ha visto. Camina con la cabeza levantada, contrariamente a todos las demás transeúntes. Es tan frágil que diríase que, al andar, apenas roza el suelo con los pies. Una imperceptible sonrisa aflora talvez en su rostro. Va maquillada de una manera extraña, como si, tras haber empezado por los ojos, no hubiera tenido tiempo de terminar de arreglarse; pero los bordes están muy cargados de negro para una rubia. Los bordes, no los párpados (tal brillo sólo se obtiene si se pasa con cuidado el lápiz bajo los párpados. Es interesante decir, a ese respecto, que Blanche Derval, en el papel de Solange, incluso vista muy de cerca, no parecía haberse maquillado. ¿Hay que manifestar que lo que es apenas permitido en la calle pero recomendable en el teatro sólo vale para mí en tanto que trasciende lo que está prohibido en un caso y prescrito en otro? Tal vez. Nunca había visto unos ojos como aquellos. Sin vacilar, dirijo la palabra a la desconocida, esperando, convengo en ello, lo peor. Ella sonríe, pero - muy misteriosamente y, diría yo, como con conocimiento de causa, por más que entonces no pudiese sospecharlo. Se dirige, según afirma, a una peluquería del bulevar Magenta (digo: según afirma, porque después ha reconocido que no iba a ninguna parte). Me habla con cierta insistencia de sus dificultades de

dinero, pero esto, al parecer, más bien como una excusa y para explicar la indigencia de su atavío. Nos detenemos en la terraza de un café cercano a la estación del Norte. La miro con más detenimiento. ¿Qué es lo extraordinario de aquellos ojos? ¿Qué se refleja en ellos de tristeza oscura y de luminoso orgullo a la vez? Tal es también el enigma que plantea el comienzo de confesión que, sin más, con una confianza que podría (¿o bien no podría?) ser burlada, ella me hace. En Lila, su ciudad de origen y que abandonó hace solamente dos o tres años, amó tal vez a un estudiante que estaba enamorado cíe ella. Un buen día, insospechadamente para él, ella decidió dejarlo, y eso "por temor a molestarlo". Fue entonces cuando ella vino a París, desde donde le ha escrito a intervalos cada vez más espaciados y sin darle nunca su dirección. Poco más o menos un año después, sin embargo, lo encontró casualmente, con gran sorpresa de ambos. Tomándole las manos, él no pudo evitar confesarle que la hallaba muy cambiada, y luego, mirando aquellas manos, se sorprendió al verlas tan cuidadas (ahora no lo están nada). Entonces, maquinalmente, ella a su vez clavó los ojos en una de las manos que tenían cogidas las suyas y no pudo reprimir un grito al darse cuenta de que los dos últimos dedos estaban inseparablemente unidos. "¡Te has herido!" Fue absolutamente necesario que el joven le mostrara su otra mano, que presentaba la misma malformación. Tras eso, ella me interroga largamente, presa de gran emoción:

- ¿Es posible? ¡Haber vivido durante tanto tiempo con un ser humano, haber tenido todas las ocasiones posibles para observarlo, haberse dedicado a descubrir sus menores particularidades físicas y de otra índole, para llegar a conocerlo tan mal, para ni siquiera haberme dado cuenta de eso! ¿Usted cree, cree de veras que el amor puede ser la causa de una cosa así? Él se enfadó mucho, y yo, ¿qué quiere usted?, me callé en seguida, pero aquellas manos... Luego dijo algo que no entendí, con una palabra cuyo sentido ignoro: "¡Qué jollín¡ Regresaré a Alsacia y Lorena: Sólo allí saben amar las mujeres." ¿Por qué dijo jollín? ¿Lo sabe usted?

Como es de suponer, reaccioné vivamente - No importa. Pero considero odiosas esas generalidades sobre Alsacia y Lorena; sin duda, ese individuo era un perfecto idiota... ¿Así, pues, se fue y no lo ha vuelto a ver? Tanto mejor. .

Me dice su nombre, escogido por ella misma. - Nadja, porque en ruso es el principio de la palabra esperanza, y precisamente porque es sólo el principio.

Y ahora se le ocurre preguntarme quién soy yo (en la acepción más restringida de estas palabras). Se lo digo. Luego ella se refiere otra vez a su pasado, me habla de su padre y de su madre. Se enternece con el recuerdo de aquél..,

- ¡Es un hombre tan débil! Si supiera usted lo débil que ha sido siempre! Cuando era joven, ¿sabe usted?, casi nada le era negado. Sus padres eran gente acomodada. En aquella época aún no había automóviles, pero un hermoso carruaje con cochero... Sin embargo, se le esfumó todo, claro está. ¡Lo quiera tanto! Cada vez que pienso en él, que me digo hasta qué punto es débil:.. ¡Oh, mi madre es otra cosa! Es una buena mujer, sí, como se dice vulgarmente hablando, una buena mujer. De ninguna manera la mujer que hubiera necesitado mi padre. En casa, todo brillaba como una patena, pero él, ¿comprende usted?, no era hombre, cuando regresaba - al hogar, que le gustara verla en delantal. Aunque es verdad que encontraba una mesa servida, o que ya era hora de - que lo fuese, no hallaba en cambio lo que se llama (con una expresión irónica de avidez y un gesto divertido) una mesa adornada. Amo mucho a mi madre, y por nada del mundo quisiera apenarla. Así, cuando vine a París, llevaba una carta de recomendación para las monjas de Vaugirard. Naturalmente nunca hice uso de ella. Pero cada vez que le escribo termino mi carta con estas palabras: "Espero verte pronto", y añadió: "Si Dios quiere como dice sor.. ." Y aquí pongo un nombre cualquiera. ¡Qué contenta debe estar ella con esto! En las cartas que me

escribe, lo que más me conmueve, lo que vale por todo, es la post data. Mi madre, en efecto, tiene siempre necesidad de añadir: "Me pregunto qué puedes hacer en París." ¡Pobre madre, si supiera! Lo que Nadja hace en París, se lo pregunta, también ella misma. Sí, por la tarde, hacia las siete, le gusta hallarse en un compartimiento de segunda del tren subterráneo. La mayor parte de los viajeros son gente que ha terminado su jornada de trabajo. Nadja se sienta entre ellos, trata de sorprender en sus rostros cuáles son los motivos de sus preocupaciones. Forzosamente deben pensar en lo que acaban de dejar hasta mañana y, también, en lo que les espera esta noche, cosa que borra sus arrugas o aumenta su zozobra. Nadja mira algo en el aire y dice:

- Hay buena gente.

Más emocionado de lo que quisiera aparentar, esta vez me enfado:

- ¡Oh, no! Por otra parte, no se trata de esto. Esa gente no sabría ser interesante en la medida en que soporta el trabajo, con todas las demás miserias o sin ellas. ¿Cómo podría elevarlos esto si la rebeldía no domina en ellos? En este momento, por lo demás, usted los ve, pero ellos, no la ven. Odio con todas mis fuerzas esta servidumbre que se me quiere encarecer. Compadezco al hombre que está condenarlo a ella, que no puede substraerse en general a su imperio, pero no es la dureza de su agobio lo que me dispone en su favor: es y no podría ser más que el vigor de su protesta. Sé que en el horno de una fábrica o delante de una de estas inexorables máquinas que imponen durante todo el día, con intervalos de algunos segundos, la repetición del mismo gesto, o en cualquier otra parte bajo las órdenes menos aceptables, o en la celda de una cárcel, o ante un pelotón de ejecución, uno puede aún sentirse libre, pero no es el martirio que se sufre lo que crea esta libertad: Dicha libertad es, y así deseo que sea, un desencadenamiento perpetuo. Más para que este desencadenamiento sea posible, constantemente posible, es preciso que las cadenas no nos aplasten, como es el caso con mucha de la gente a que usted se ha referido. Pero esta libertad es también, y tal vez humanamente miro más, la más o menos larga pero maravillosa continuación de pasos que le están permitidos dar al hombre desencadenado. ¿Cree usted que son capaces de dar estos pasos? ¿Tienen tiempo o valor de darlos, por otra parte? Buena gente, dice usted. Sí, buena gente, como todos los que se hacen matar en la guerra, ¿no es verdad? No hablemos de los héroes: muchos desgraciados y algunos pobres idiotas. En cuanto a mí, lo confieso, estos pasos lo son todo. La verdadera pregunta es: ¿a dónde van? acaban por trazar una ruta, y en ella, quién sabe si no se presentará el medio de desencadenar o de ayudar a desencadenarse a los que no han podido seguir. Es entonces cuando será conveniente demorarse un poco, aunque sin volver atrás.

Se advierte bastante claramente lo que puedo decir sobre este tema por poco que ose enfocarlo de una manera concreta. Nadja me escucha y no trata de contradecirme. Tal vez, lo menos que ha querido hacer es la apología del trabajo. Acaba de hablarme de su salud, que es muy delicada. El médico que ha consultado y que había escogido a costa de todo el dinero que le quedaba un médico en el cual pudiera confiar, le ha prescrito que se marche inmediatamente a Mont - Dore. Esta idea le encanta, precisamente por lo que, tiene de irrealizable. Pero está persuadida de que un trabajo manual seguido supliría de alguna manera la cura que no puede hacer. Con esta confianza, ha buscado emplearse en una panadería, y hasta en una tocinería, donde, como ella juzga de una manera puramente poética, le parece que hay más garantías que en otra parte de que le pruebe. En todas partes le han ofrecido sueldos irrisorios. Ha ocurrido también que, antes de darle una respuesta, la han mirarlo un par de veces. El dueño de una panadería, que le ofrecía diecisiete francos diarios, tras haberla mirado otra vez, dijo: "Diecisiete o dieciocho." Y Nadja, con donaire: "Le dije: diecisiete, sí; dieciocho, no."

Ahora vamos por una calleja, la del Faubourg Poissonniére, creo. En torno a nosotros, la gente se

apresura, es la hora de cenar. Quiero despedirme. Nadja me pregunta quién me espera.

- Mi mujer - contesto.

- ¡Casado! ¡Oh, entonces!. - exclama, y, en un tono muy grave, muy meditabundo, prosigue: - Tanto peor. Pero... ¿y esta gran idea? Había empezado a verla perfilarse hace poco. Era verdaderamente una estrella, una estrella hacia la cual usted se dirigía. No puede dejar de ir a su encuentro. Mientras escuchaba sus palabras, sentía que nada le impediría llegar hasta la estrella.: nada, ni siquiera yo... Nunca podrá usted ver esta estrella como la veo yo. Usted no comprende: es como el corazón de una flor sin corazón.

Estas palabras de Nadja me conmueven hondamente. Para esparcir el ánimo, le pregunto dónde cena. Y, súbitamente, descubro esa ligereza que sólo he visto en ella, tal vez esa libertad precisamente, mientras señala con el dedo hacia los dos restaurantes más cercanos y dice:

- ¿Dónde? Pues allí, o allá, según donde me encuentre, ¡vaya! Siempre es así.

A punto de despedirme de ella, quiero hacerle una pregunta que resuma todas las demás, una pregunta que sólo yo puedo hacer, sin duda, pero que por lo menos una vez, ha recibirlo una respuesta de altura:

- ¿Quién es usted? ' Y ella, sin vacilar, contesta:

- Soy el alma errante.

Convenimos en encontrarnos al día siguiente en el bar que está en la esquina formada por la calle Lafayette y la del Faubourg - Poissonniére. A Nadja le gustaría leer uno o dos libros míos, y se empeña en ello tanto más cuanto que yo pongo en duda el interés que mis obras puedan tener para ella. La vida y lo que se escribe son dos cosas distintas. Luego ella me retiene todavía algunos instantes para decirme qué es lo que la conmueve en mí. Parece que es la simplicidad que descubre en mi pensamiento, en mi lenguaje y en toda mi manera de ser, y éste es uno de los halagos al que en mi vida he sido más sensible.

5 de octubre. Nadja, qué llegó con antelación, antes que yo, no parece la misma. Viste con bastante elegancia, toda de negro y rojo, va tocada, con un sombrero que le sienta muy bien; se lo quita y quedan al descubierto sus cabellos color de avena que han renunciado a su increíble desorden, medias de seda y zapatos en buen estado, contrariamente a los que llevaba ayer. Pero la conversación se ha hecho más difícil y, por su parte, no sin algún titubeo, hasta que coge los libros que yo he traído: Los usos perdidos y el Manifiesto del Surrealismo.

- ¿Los pasos perdidos? Pero si no los hay... Hojea el libro con gran curiosidad. Su atención se fija en un poema de Jarry que se cita en la obra:'

- *Entre los brezos, pubis de los menhires...*

Lejos de disgustarla, este poema,.que lee una vez bastante de prisa y luego despacio, parece conmoverla vivamente. Al final de la segunda cuarteta, sus ojos se humedecen y se llenan con la visión de un bosque. Ve al poeta pasar junto a ese bosque y se diría que puede seguirlo a distancia.

- *No, da vueltas en torno al bosque. No puede entrar, no entra.*

Luego ella lo pierde de vista y vuelve al poema, un poco más arriba del punto donde - lo había interrumpido, interrogando a las palabras que la sorprenden más, dando a cada una el signo de inteligencia, de asentimiento exacto que exige.

- *Aleja de su acero a la marta y al armiño.*

¿De su acero? A la marta... y al armiño. Sí, veo: las yacijas cortantes, las frías aguas - de los ríos! De su acero. Y un poco más abajo:

- *Comíendo el zumbido de los abejorros, C'havann...*

Nadja cierra el libro, asustada, y dice:

- ¡Oh! ¡Eso es la muerte!

La relación de colores que se establece entre las cubiertas de los dos volúmenes - la sorprende y seduce. ,Parece que "va" conmigo. Seguramente lo he hecho adrede (un poco). Luego ella me habla de dos amigos que tuvo. Uno de ellos, a su llegada a París; y lo designa habitualmente bajo el nombre cíe "gran amigo". Así lo llamaba, y él quiso siempre que ella ignorase quién era. Tiene todavía para él una inmensa veneración. Era un hombre que frisaba en los setenta y cinco años y había vivido mucho tiempo en las colonias. Al partir. le dijo que regresaba al Senegal. El otro, un norte americano, parece haberle inspirado encontrados sentimientos.

- Y, además - dice Nadja - , me llamaba Lena, en recuerdo de su hija muerta. Es - muy cariñoso, muy conmovedor, ¿verdad? Sin embargo, yo no podía soportar que, como soñando, me llamara así: "Lena, Lena..." Entonces le pasaba algunas veces la mano por delante de los ojos, muy cerca, así, y le decía: "No, no soy Lena, sino Nadja." Salimos. Ella sigue hablando:

- Veo su casa. Su mujer. Es morena, naturalmente. Bajita. Linda. ¡Oh, hay un perro cerca de :ella! Y tal vez también, pero en otra parte, un gato (exacto). Ahora no veo nada más.

Me dispongo a regresar a mi casa. Nadja me acompaña en el taxi. Permanecemos silenciosos durante un rato; luego, bruscamente; me empieza a tutear:

- Un juego. Di algo. Cierra los ojos y di algo. Lo que sea: una cifra, un nombre de pila. Así (cierra los ojos) Dos... ¿Dos qué? Dos mujeres ¿Cómo son esas dos mujeres? Vestidas de negro. , ¿Dónde están? En un parque...Y luego, ¿qué hacen? ¡Vamos, es muy fácil!) ¿Por qué no quieres jugar? Bueno, yo me hablo a mí misma de esta manera cuando estoy sola, y me cuento toda suerte de historias. Y no solamente historias fútiles. Vivo enteramente de esta manera. (¿No se llega aquí al último extremo, de la aspiración - surrealista, a su máxima idea límite?)

Me separo cíe ella delante de mi casa. "¿Y yo, ahora...? ¿A dónde ir? Pero es tan sencillo bajar lentamente hacia la calle Lafayette y el Faubourg - . Poissonniére, empezar el regreso hacia el lugar donde habíamos estado".

6 - de octubre Para no tener que callejear demasiado, salgo más o menos a las cuatro, con la intención de dirigirme a pie hasta la Nouvelle France, donde Nadja estará a las cinco y media. Me alcanza el tiempo para dar una vuelta por los bulevares hasta la ópera, donde he de despachar un breve asunto. Contra mi costumbre, anclo por la acera derecha de la calle Chaussée - d'Antin. Una de las primeras pasantes con quien me cruzo es Nadja, con el aspecto del primer día. Se acerca como si no deseara verme. Como el primer día, vuelvo sobre mis pasos con ella. Nadja se muestra incapaz de explicar su presencia en aquella calle, donde, dice, para atajar otras preguntas, está buscando bombones holandeses. Sin pensarlo, damos media .vuelta y entramos en el primer café que encontramos. Nadja trata de guardar conmigo ciertas distancias, incluso se muestra suspicaz. Por eso se apodera de mi sombrero y mira en la parte del forro, para leer las iniciales, aunque afirma que lo hace maquinalmente, siguiendo su costumbre de determinar la nacionalidad de algunos hombres sin que ellos se den cuenta. Me confiesa que tenía la intención de no acudir a la cita que yo le había dado. Al encontrarla he observado que llevaba en la mano el ejemplar de *Los pasos* que yo le había prestado. Ahora el libro está sobre la mesa y, al mirarlo, advierto que sólo tiene cortadas algunas páginas, las que corresponden al artículo titulado *El espíritu nuevo*, donde se relata precisamente un encuentro sorprendente, hecho un día, con algunos minutos de intervalo por Louis Aragon, André Derain y ,yo. La indecisión de que cada uno de nosotros había dado prueba en aquella circunstancia, la confusión en que algunos minutos más tarde, sentados a la misma mesa, nos encontrábamos para comprender lo que nos acababa de ocurrir, la irresistible llamada que nos llevó, a Aragón y a mí, a regresar a los mismos lugares donde se nos había aparecido aquella verdadera esfinge bajo los rasgos de una encantadora mujer que iba de una

acera a otra para interrogar a los transeúntes, aquella esfinge que nos había esquivado uno tras otro y, yendo en su busca, correr a lo largo dé todas las líneas que, aun muy caprichosamente, pueden unir esos puntos, la falta de resultados de esta persecución que, a causa del tiempo transcurrido, hubiera debido considerarse sin esperanza, es a esto a lo que Nadja ha ido en seguida. Está sorprendida y decepcionada ante el hecho de que el relato de los breves acontecimientos de ese día no me haya parecido digno de algunos comentarios. Me insta a que me explique sobre el sentido exacto que atribuyo al relato y, puesto que lo he publicado, sobre el grado de objetividad que le concedo. Debo contestar que nada sé de eso, que en tal dominio, creo yo, el derecho de verificar es lo único que está permitido, que yo he sido la primera víctima de este abuso de confianza, si hay tal. Pero claramente advierto que no se ha quedado convencida: leo la impaciencia en su mirada y, luego, la consternación. Tal vez se imagina que miento. Un gran desasosiego continúa haciendo presa en ambos. Cuando ella expresa el deseo de regresar, me ofrezco a acompañarla. Nadja da al chofer la dirección del Teatro de las Artes, el cual, dice, se encuentra a unos pocos pasos de la casa donde vive. Por el camino, me mira largamente, en Silencio. Luego sus ojos se cierran y abren muy de prisa, como cuando uno se encuentra en presencia de alguien a quien no ha visto desde hace mucho tiempo, o que no ,esperaba volver a ver, y también para expresar que no se da crédito a lo que ven. Cierta lucha parece, entablarse en ella, pero de pronto cesa, cierra completamente los ojos, ofrece sus labios. Nadja me habla ahora del poder que ejerzo sobre ella, de la facultad que tengo de hacerle pensar y hacer lo que quiero, tal vez más de lo que yo creo desear. Me suplica que no emprenda nada contra ella utilizando este medio. Cree que nunca ha tenido secretos para mí, incluso mucho antes de conocerme. Una corta escena dialogada que se encuentra al final de Poisson soluble, y que parece ser todo lo que ha leído hasta ahora del *Manifiesto*, escena a la cual, por otra parte, nunca he sabido atribuir un sentido preciso y cuyos personajes me son extraños, su agitación todo lo irrepresentable que es posible imaginar, como si hubiesen sido traídos y llevados por una ola arenosa, le dio la impresión de haber participado verdaderamente en. la representación o incluso de haber interpretado el papel, por lo menos oscuro, de Hélène

(No he conocido personalmente a ninguna mujer con este nombre, que siempre me ha disgustado y parecido insulso, de la misma manera que el de Solange me ha agradado. Sin embargo, Mme Sacco, vidente, con domicilio en la calle des Usines, Nº 3, quien nunca se ha equivocado respecto a mí, me aseguró, a principios de. este año, que mi pensamiento estaba muy ocupado con, una "Hélène". ¿Es por eso por lo que, algún tiempo después, me interesé vivamente en todo lo que concierne a Hélène Smith. La conclusión a sacar de ello sería del mismo orden de la que me ha impuesto anteriormente la fusión, en un sueño de dos imágenes muy alejadas una de otra. "Hélène soy yo", decía Nadja.

El lugar, la atmósfera, las respectivas actitudes de los actores eran lo que yo había concebido. Ella desearía mostrarme "dónde pasaba esto". Le propongo que cenemos juntos. Cierta confusión debe de haberse establecido en su espíritu, porque nos hace conducir no a la isla de Saint - Louis, como ella cree, sino a la plaza Delfina, donde se sitúa, cosa rara, otro episodio de Poisson soluble. "Se olvida tan pronto un beso." (Esta plaza Delfina es uno de los lugares más profundamente apartados que conozco, uno de los peores terrenos baldíos que hay en París. Cada vez que me he encontrado allí me he sentido presa poco a poco del deseo de ir a otra parte, y me ha sido necesario argumentar conmigo mismo para zafarme de un abrazo demasiado dulce, demasiado agradablemente insistente y, bien considerado todo, triturador. Además, he vivido algún tiempo en un hotel situado cerca de esta plaza, el City Hotel, donde las entradas y salidas a toda hora, para quien no se da por satisfecho con soluciones demasiado sencillas, son

sospechosas. Muere el día. Para poder estar solos, nos hacemos servir fuera por el tabernero. Por primera vez, durante la cena, Nadja se muestra bastante frívola. Un borracho no cesa de dar vueltas en torno a nuestra mesa. Pronuncia. en voz muy alta, en un tono de protesta, palabras incoherentes. En sus frases se repiten muy a menudo una o dos palabras obscenas. Su mujer, que lo vigila desde bajo los árboles, se limita a gritarle de vez en cuando: "¡Eh! ¿Vienes?" Trato, una y otra vez, de alejarlo, pero sin resultado. A los postres, Nadja empieza a mirar en torno suyo. Tiene la seguridad de que bajo sus pies pasa un subterráneo que viene del Palacio de Justicia (me señala de qué parte del Palacio, un poco a la derecha de la blanca escalinata) y rodea el Hotel Enrique IV. Se inquieta ante la idea de lo que ya ha sucedido y de lo que todavía ocurrirá en ese lugar. Allí donde, en la sombra, se confunden dos o tres parejas, a ella le parece distinguir una multitud. "¡Y los muertos, los muertos"! El borracho sigue con sus chanzas lúgubres. La mirada de Nadja recorre ahora las casas.

- ¡Mira, allí ...! ¿No ves aquella ventana? Es negra, como las otras. Mira bien. Dentro de un minuto se iluminará. Será roja.

Transcurre un minuto. La ventana se ilumina. Se ven, en efecto, cortinas rojas. (Lamento, pero nada puedo hacer, que esto acaso trascienda los límites de la credulidad. Sin embargo, me guardaré de tomar partido sobre este asunto: me limito a convenir en que de negra, aquella cortina, pasó a roja, y eso es todo.) Confieso que aquí el miedo me invade, como invade también a Nadja.

- ¡Qué horror! ¿No ves lo que pasa en los árboles? El azul y el viento, el viento azul. Una sola vez había visto en esos mismos árboles pasar ese viento azul. Era allí, en una ventana del Hotel Enrique IV (el cual se encuentra frente a la casa que acaba de mencionarse, y. esto reza para los aficionados a las soluciones fáciles) y mi amigo, el segundo, de quien te hablé, iba a partir. Había también una voz que decía: "Morirás, morirás." Yo no quería morir, pero experimentaba tal vértigo.:. Seguramente hubiera caído si no me hubiesen sostenido.

Creo que ya es tiempo de abandonar estos lugares. A lo largo de los muelles, noto que toda ella tiembla. Es ella quien ha querido regresar hacia la Conciergerie. Se abandona, está muy segura de mí. Sin embargo, busca algo, se empeña en que entremos en un patio, un patio de comisaría cualquiera, que explora rápidamente.

- No es allí... Pero, dime, ¿por qué has de ser encarcelado? ¿Qué habrás hecho? Yo también he estado en la cárcel ¿Quién era yo? Hace siglos. Y tú, entonces, ¿quién eras?

Pasamos de nuevo a lo largo de la verja, cuando de pronto Nadja se niega a ir más lejos. Hay allí, a la derecha, dando a una zanja, una ventana baja de la que no puede apartar los ojos. Es delante de esta ventana de aspecto condenado donde es absolutamente necesario esperar, ella lo sabe. De allí puede venir todo. Es allí donde todo comienza. Se agarra a la reja con ambas manos para que no la arrastre conmigo. Casi no contesta a mis preguntas. Fatigado, me resigno a esperar que prosiga su camino por propia voluntad. La idea del subterráneo no la ha abandonado y seguramente cree encontrarse en una de sus salidas. Se pregunta quién ha podido ser ella en el círculo de relaciones de María Antonieta. El ruido de los pasos de los transeúntes la hacen estremecer largo rato. Inquieto, logro despegarle las manos de la reja, una tras otra, y acabo por obligarla a que me siga. Con todo eso, ha transcurrido más de media hora. Después de haber atravesado el puente, nos dirigimos hacia el Louvre. Nadja está constantemente distraída. Para atraérmela, le recito un poema de Baudelaire, pero las inflexiones de mi voz le causan un nuevo pavor, agudizado por el recuerdo que tiene del beso de hace un rato: "un beso en el que hay una amenaza." Nadja se detiene otra vez, se acoda en la baranda de piedra, desde donde nuestras miradas se hunden en el río, que en aquella hora centellea de luces.

- Esa mano, esa mano sobre el Sena¡ ¿Por qué está allí esa mano que llamea sobre el agua? Es verdad que el fuego y el agua son la misma cosa. Pero ¿qué significa esa mano? ¿Cómo la interpretas tú? Déjame ver esa mano. Por qué quieres que nos vayamos? ¿Qué temes? Crees que estoy muy enferma, ¿verdad? No estoy enferma. ¿Pero qué significa eso para ti: el fuego y el agua, una mano de fuego sobre el agua? (Bromeando.) Con toda seguridad, no es la fortuna: el fuego y el agua son la misma cosa; el fuego y el oro son cosas muy distintas. '

Cerca de medianoche llegamos a las Tullerías, donde ella desea sentarse durante unos momentos. Nos encontramos delante de un surtidor del que ella parece mirar la curva de la caída del agua.

- Son tus pensamientos y los míos. Mira de dónde surgen todos, hasta dónde se elevan - y como es más hermoso todavía cuando caen. Y luego se deshacen en seguida, son rescatados con la misma fuerza y de nuevo viene esa ascensión quebrada, esa caída... - ¡Pero, Nadja, qué extraño es eso¡ - exclamo - .¿De dónde sacas precisamente esta imagen que está expresada casi de la misma manera en una obra que no puedes conocer y que yo acabo de leer?

Y me lanzo a explicarle que esta imagen es el tema de una viñeta impresa al principio del tercero de los *Diálogos entre Hylas y Filonus*, de Berkeley, edición del año 1750, con el siguiente epígrafe: Urget aquas vis sursum eadem, flectit que deorsum, que cobra al final del libro, desde el punto de vista de la actitud idealista, un significado capital. Pero ella no me escucha, toda su atención está fija en los manejos de un hombre que pasa varias veces por delante de nosotros, un hombre que cree conocer, porque no es la primera vez que ella se encuentra en aquel jardín a tal hora. Aquel hombre, si se trata del mismo, le ha ofrecido casarse con ella. Esto la lleva a pensar en su hijita, una niña de cuya existencia me ha informado tomando mil precauciones, y que adora, sobre todo porque es tan diferente de las otras niñas, "con esta idea de sacar siempre los ojos de las muñecas para ver qué hay detrás." Ella sabe que atrae siempre a los niños; dondequiera que se encuentre, tienden a agruparse a su alrededor, a acercársele para sonreírle. Ahora habla como si lo hiciera sólo para ella misma; lo que dice no me interesa igualmente, tiene vuelta la cabeza hacia el lado opuesto al mío, empiezo a sentirme fatigado. Pero aunque no he dado ninguna señal de impaciencia, dice:

- Un punto, eso es todo. De pronto, he sentido que iba a afligirte, (Se vuelve hacia mí.) Se acabó.

Al salir del parque nuestros pasos nos conducen á la calle Saint - Honoré, a un bar que no ha apagado sus luces. Nadja subraya que hemos venido de la plaza Delfina al Delfín. (En el juego de la analogía, en la categoría animal yo he sido a menudo identificado con el delfín.) - Pero Nadja se alarma ante una franja de mosaico que va del mostrador al suelo y hemos de salir casi en seguida. Convenimos en no encontrarnos en la Nouvelle France sino hasta dos días después, por la noche.

7 de octubre. He sufrido una fuerte jaqueca que, tal vez sin razón, atribuyo a las emociones de esta noche y, también, al esfuerzo de atención y acomodo que he tenido que hacer. Por la mañana, además, he estado lleno de murria a causa de Nadja y me he reprochado no haberle dado cita para hoy. Estoy descontento de mí. Creo que me observo demasiado. ¿Cómo obrar de otro modo? ¿Cómo me ve ella, cómo me juzga? Es imperdonable - que continúe viéndola si no la amo. ¿No la amo? Cuando estoy cerca de ella me encuentro más cerca de las cosas que están cerca de ella. En el estado en que se halla tendrá forzosamente necesidad de mí, de una manera o de otra, de repente. Sea lo que sea lo que me pida, negárselo sería odioso, de tal manera es pura, libre de toda atadura terrestre, de tal manera está poco enraizada, - aunque maravillosamente, en la vida. Ayer temblaba, de frío tal vez. Llevaba un vestido tan ligero. Sería imperdonable también que no la tranquilizara acerca de la clase de interés que me inspira, que no la persuadiera de que no puede ser para mí un objeto de curiosidad, de capricho, como podría creer ella. ¿Qué hacer,

mientras tanto, si no la veo? ¿Y si no volviera a verla jamás? No sabría nada más. Habría, pues, merecido no saber más. Y esto no volvería a encontrarse nunca. Puede haber ahí esas falsas anunciaciones, esas gracias de un día, verdaderos precipicios del alma, abismo, abismo donde se ha arrojada el pájaro espléndidamente triste de la adivinación. ¿Qué. puedo hacer, sino, hacia las seis, ir al bar en donde nos hemos ya encontrado? No había ninguna probabilidad de verla allí, naturalmente, a menos que... ¿Pero en este "a menos que" no reside la gran posibilidad de intervención de Nadja, mucho más allá de la ¡suerte? Salgo hacia las tres con mi mujer y una amiga; en el taxi hablamos de ella, como habíamos hecho durante la comida. De pronto, aunque no pongo ninguna atención en los transeúntes, no sé qué fugaz mancha, en la acera de la izquierda, a la entrada de la calle Saint - Georges, me hace golpear casi maquinalmente el cristal, Es como si Nadja acabara de pasar. Corro, a la ventura, en una de las direcciones que ha podido tomar. Es ella, en efecto, que se ha detenido para hablar con un hombre que, me parece, .la acompañaba hace un momento. Se despide de él rápidamente para reunirse conmigo. En el café, la conversación se traba mal. He aquí que la he encontrado dos días consecutivos - es evidente que ella está a mi merced. Dicho esto, se muestra muy reticente. Su situación material es completamente desesperada, ya que, para tenerla suerte de mejorarla, le sería preciso no conocerme. Me hace tocar su vestido, para que compruebe su consistencia, "pero esto en detrimento de toda otra calidad." No es posible aumentar sus deudas, y está expuesta a las amenazas del dueño del hotel donde se hospeda y a sus horribles proposiciones. No hace ningún misterio del medio que emplearía, si yo no existiera, para procurarse dinero, aunque ni siquiera tiene la suma necesaria para ir a la peluquería y luego dirigirse al Claridge, donde fatalmente...

- ¡Qué quieres - me dice, riendo - , el dinero huye de mí! Por otra parte, todo está perdido ahora. Una sola vez me encontré en posesión de veinticinco mil francos, que me dejó mi amigo. Me aseguraron que en algunos días me sería muy fácil triplicar esta suma, a condición de ir a cambiarla en La Haya por cocaína. Me entregaron treinta y cinco mil francos más, destinados a lo mismo. Todo había ido bien. Dos días después llevaba dos kilos de la droga en mi bolso. El viaje se efectuaba en las mejores condiciones. Sin embargo, al apearme del tren,, una voz interior me dijo: "No pasarás." Apenas me hallo en el andén, un caballero desconocido se me acerca. "Perdone - me dice - , ¿tengo el honor de hablar con la señorita D...?" "Sí - contesto - , pero excúseme, no sé..." "No tiene importancia. Vea mi tarjeta." Y me lleva a la delegación de policía, donde me preguntan qué llevo en el bolso. Lo confieso, naturalmente, al tiempo que lo abro ¡Vean! Me soltaron el mismo día, después de la intervención de un amigo, abogado o juez, llamado G. No me preguntaron nada más, y yo, como estaba tan agitada, olvidé decirles que no todo estaba en mi bolso, que debía buscarse bajo la cinta de mi sombrero. Pero lo que hubiesen encontrado allí no valía la pena. Lo guardé para mí. Te juro que terminó hace mucho tiempo.

Nadja tiene ahora en su mano una carta estrujada, que. me muestra. Ha sido escrita por un hombre que encontró un domingo a la salida del Théátre - Français. Sin duda, dice ella, debe ser un empleado, porque ha tardado algunos días en escribirle y no lo ha hecho antes de principiar el mes.

Ella podría telefonearle ahora mismo, a ése o a otro, pero no se decide - a hacerlo. Es demasiado cierto que el dinero huye de ella. Le pregunto qué cantidad necesita. Quinientos francos. Como no los llevo encima, me ofrezco a dárselos mañana. Toda la inquietud de Nadja se desvanece. Gozo una vez más de esa mezcla adorable de ligereza y fervor. Con respeto beso sus hermosísimos dientes, y entonces, lentamente, gravemente, la segunda vez en un tono más alto que la primera: "La comunión se realiza en silencio." Es, me explica, que este beso la deja bajo la impresión de algo sagrado en que sus dientes "reemplazaban a la hostia".

8 de octubre Al despertar, abro una carta de Aragón, llegada de Italia, en la que incluye la reproducción fotográfica del detalle central de tan cuadro cíe Uccello que no conocía. El título del cuadro es: *La profanación de la hostia* (No lo vi reproducido completo sino hasta algunos meses después. Me pareció grávido de intenciones ocultas y, en definitiva, de una interpretación muy delicada.) Hacia el atardecer de un día que ha transcurrido sin otro incidente, me dirijo al bar de costumbre (la Nouvelle France), donde espero inútilmente a Nadja. Temo más que nunca su desaparición. Mi único recurso es tratar de descubrir dónde vive, no lejos del Teatro de las Artes. Lo logro fácilmente, en el tercer hotel donde pregunto, el Hotel del Teatro de la calle de Cliéroy. Como ella no está, le dejo una carta en la que pido que me informe sobre la manera de hacerle llegar lo que le he prometido.

9 de octubre. Nadja ha telefoneado estando yo ausente. A la persona que ha acudido al aparato y que por encargo ,mío le ha preguntado dónde se la podía alcanzar, ella ha contestarlo: "No se me alcanza." Pero a poco, recibo de ella una nota urgente en la que me cita a las cinco en el bar, donde, en efecto, la encuentro. Su incomparecencia de la víspera debióse a un mal entendido: habíamos convenido encontrarnos, por excepción, en la Régence, pero yo lo había olvidado. Le entrego el dinero. (El triple de la suma prevista, lo que no deja de ser otra coincidencia que no advierto hasta ahora). Ella se echa a llorar. Estamos solos cuando entra un viejo pedigüeño como no había visto otro igual en ninguna parte. Ofrece algunas pobres imágenes relativas a la historia de Francia. La que me tiende, insistiendo para que la compre, se, refiere a los episodios más notables de los reinados de Luis VI y de Luis VII (precisamente me he ocupado mucho de esta época, porque es la de las Cortes de Amor, y me he imaginado con gran intensidad cuál podía ser, entonces, la concepción de la vida.) El viejo comenta de una manera muy confusa cada una de las ilustraciones y no alcanzo a comprender qué dice de Suger (Cuando el flaco Suger se apresuraba hacia el Sena). Por dos francos que le doy, y luego, para que se marche, dos francos más; se empeña en dejarnos todas las ilustraciones, :así como una docena de postales en colores que representan mujeres. Es imposible disuadirlo de ello. Se retira retrocediendo, al tiempo que dice: "¡Que Dios la bendiga, señorita! ¡Que Dios lo bendiga, señor¡"

Ahora Nadja me hace leer algunas cartas que ha recibido últimamente. No me inspiran el menor interés. Las hay plañideras, declamatorias, ridículas firmadas por ese G. de quien hablamos antes. ¿G...?

Sí, es el - nombre de ese presidente de un tribunal que, en el proceso de la envenenadora Sierri, hace algunos días, se permitió una frase abominable: Dirigiéndose a la acusada de haber envenenado a su amante, dijo que, para hacer lo que había hecho, era preciso que ni siquiera tuviese "el agradecimiento del vientre." (Risas.) Justamente Paul Eluard había rogado que se buscase ese nombre que, olvidado por él, había quedado en blanco en el manuscrito de la Revue de la Presse destinada a La Revolución Surrealista. Observo, molesto, que en el dorso de los sobres hay impresa una balanza.

10 de octubre. Cenamos en el restaurante Delaborde, en el muelle Malaquais. El camarero es de una torpeza extrema. Diríase que Nadja lo ha fascinado. Se ocupa inútilmente de nuestra mesa: avienta.,del mantel migajas imaginarias, cambia de lugar el bolso y se muestra incapaz de recordar` lo que le hemos pedido. Nadja ríe disimuladamente y me anuncia que la cosa no terminará aquí. En efecto, sirve normalmente en las mesas cercanas, pero derrama el vino al llenar nuestros vasos y, aunque, toma mil precauciones para colocar un plato delante de uno de nosotros, empuja otro, que cae y se quiebra. Del principio al final de la cena (lo que resulta casi increíble), cuento once platos rotos. Cada vez que viene de la cocina, se encuentra frente a nosotros, y cuando levanta los ojos y ve a Nadja, diriase que el vértigo se apodera de él. Resulta

cómico y penoso a la vez. Acaba por no osar acercarse a nuestra mesa y con penas y trabajos despachamos nuestra cena. Nadja no muestra ninguna sorpresa. Sabe que ejerce este poder sobre ciertos hombres, entre otros sobre los de raza negra, los cuales, dondequiera que se encuentre ella, se ven obligados a acercársele y dirigirle la palabra. Me cuenta que, a las tres, en la taquilla de la estación Le Peletier del tren subterráneo, con el cambio le han devuelto una moneda nueva de dos francos, que ha guardado en su mano: cerrada mientras bajaba las escaleras. Al empleado que perfora los billetes, le ha preguntado: "¿Cara o cruz?" Él contestó: "Cruz." Estaba bien. "Usted ha preguntado, señorita, si verá a su amigo en seguida. Lo verá."

Andando por, los muelles nos dirigimos hacia el Instituto. Nadja me habla de ese hombre a quien ella llama "gran amigo" y a quien debe, me dice, ser lo que es. "Sin él, yo sería ahora la última dé las golfas." Me entero de que él la adormecía cada noche, después de cenar. Ella tardó algunos meses en advertirlo. Le hacía contar con toda clase de detalles en qué había empleado el día, y aprobaba lo que juzgaba bueno y reprobaba el resto. Y después de eso, un malestar físico localizado en la cabeza le impedía hacer otra vez lo que él le había prohibido. Aquel hombre, de gran barba blanca, que quiso que ella no supiese nada de él, le hace el efecto de un rey. Dondequiera que entrara con él, parecíale que se suscitaba un movimiento de atención muy respetuosa. Sin embargo, ella lo vio después, una noche, sentado en un banco de una estación del tren subterráneo, y lo encontró muy laso, desaliñado y envejecido. Hemos llegado al comienzo de la calle del Sena, por la que nos metemos, porque Nadja no quiere ir más lejos en línea recta. Está todavía muy distraída y me dice que vea el relámpago que una mano traza lentamente en el cielo.

- Siempre esa mano.

Y me la muestra realmente en un cartel; a poca distancia de la librería Dorbon. Hay allí muy arriba de nuestras cabezas, una mano roja con el índice extendido, ensalzando no sé qué. Es absolutamente necesario que ella toque esa mano, que salte varias veces hasta lograr cubrir con la suya la mano del cartel.

- La mano de fuego se refiere a ti, eres tú. Permanece silenciosa durante un rato. Creo que las lágrimas asoman a sus ojos. Luego, de pronto, colocándose delante de mí, casi deteniéndose, con aquella su peculiar manera de llamarme, como se llamaría a alguien, recorriendo sala tras sala, en un castillo vacío, dice:

¿André? ¿André? Escribirás una novela sobre mí. Te lo aseguro. No digas que no. Pero ¡cuidado!, porque todo decae y desaparece. Es necesario que algo quede de nosotros... Pero no importa: tomarás otro nombre. Cuál, si quieres que te lo diga, es muy importante saberlo. Es preciso que sea un poco el nombre del fuego,, porque, cuando se trata de ti, el fuego siempre retorna. Y la mano también, aunque es menos esencial que el fuego. Lo que veo es una llama que sale de la muñeca, ¡así! (con el ademán de hacer desaparecer un naipe), y es la causa de que la mano arda y desaparezca en un abrir y cerrar de ojos. Encontrarás un seudónimo, en latín o en árabe (Me han dicho que sobre la puerta de muchas casas árabes hay inscrita, con trazos más o menos esquemáticos, una mano roja, la "mano de Fátima.").' Prométemelo. Es necesario.

Nadja emplea una nueva imagen para hacerme comprender cómo vive: es como cuando, por la mañana, se baña y su cuerpo se aleja, mientras ella mira fijamente la superficie del agua.

- Soy el pensamiento que flota en el baño en el cuarto sin espejos - dice.

Nadja se había olvidado comunicarme la extraña aventura que le sucedió anoche, hacia las ocho, cuando, creyendo estar sola, se paseaba cantando en voz baja y esbozando algunos pasos de danza en los pórticos del Palais Royal. Una anciana surgió, junto a una puerta cerrada y Nadja creyó que la mujer quería pedirle una limosna; pero sólo deseaba que le prestase un lápiz. Nadja le prestó el suyo y la mujer pareció garrapatear unas palabras en una tarjeta de visita antes de

deslizarla por debajo ele la puerta. Después, entregó a Nadja una tarjeta semejante, explicándole que había venido para ver a Madame Camée [Camafeo], la cual, desgraciadamente, no estaba en casa. La escena se había desarrollado delante de una tienda en cuya muestra se leía: Camées Durs. Aquella mujer. según Nadja, no podía ser mas que una bruja. Examino la pequeña tarjeta que Nadja se empeña en dejarme: Madame Aubry - Abrivard, escritora: Calle Vharenne, 20, 3° derecha. Esta historia debería ser aclarada. Nadja, que se ha echado sobre el hombro el embozo de su capa, remeda, con una sorprendente facilidad, los aires del Diablo, tal como éste aparece en los grabados románticos. Reina una gran oscuridad y hace frío. Al acercarme a ella, me inquieta comprobar que tiembla, literalmente, "como una hoja."

11 de octubre. Paul Eluard se presentó a la dirección que consta en la tarjeta. No había nadie. En la puerta indicada vio un sobre clavado con alfileres pero por la parte del dorso, con las siguientes líneas: "Hoy, 11 de octubre, la señora Aubry - Abrivard regresará muy tarde,. pero regresará, seguramente." Me encuentro muy agriado a causa de una conversación - que he tenido esta tarde y que se ha prolongado inútilmente. Además Nadja llegó con retraso y no espero de ella nada excepcional. Deambulamos por las calles, cerca uno de otro, pero separados. Ella repite varias veces esta frase, marcando las sílabas:

- El tiempo es quisquilloso. El tiempo es quisquilloso porque es necesario que todo llegue a su hora.

Resulta cargante leer la lista de los platos en la puerta de los restaurantes y jugar con los nombres de ciertos manjares. Me aburro. En el bulevar Magenta, pasamos por delante del Sphinx - Hôtel. Ella me muestra el nombre del establecimiento en el rótulo luminoso que la decidió a hospedarse allí el día de su llegada a París. Vivió en el mencionado hotel algunos meses, sin recibir más visita que la de su "gran amigo", que se hacía pasar por tío de ella.

12 de octubre. He preguntado a Max Ernst si estaría dispuesto a hacer el retrato de Nadja. Pero Madame Sacco le ha pronosticado que encontraría en su camino a una mujer llamada Nadja o Natacha, a la cual él no amaría pero que ocasionaría daño físico a la mujer que ama. Esta contraindicación nos parece suficiente. Poco después de las cuatro, en un café del bulevar de Batignolles, he de fingir, una vez más, que me entero de las cartas de G..., llenas de súplicas y acompañadas de poemas estúpidos, plagiados de Musset. Después Nadja me muestra un dibujo, el primero que veo de ella, que hizo el otro día en la Régence mientras me esperaba. Nadja quiere explicarme cómo se relacionan los principales elementos de su dibujo, excepto la máscara rectangular, de la cual sólo puede decir que le salió así. - El punto negro que se ve en medio de la frente es el clavo que sirve para fijarlo; al principio del puntillado se encuentra un gancho; la estrella negra, en la parte superior, significa la idea. Pero, según Nadja, lo que constituye el principal interés de la página, sin que yo atine a comprender por qué, es la forma caligráfica de las eles. Después de la cena, en los jardines del Palais Royal, su sueño parece haber cobrado un carácter mitológico nuevo para mí. En un momento inventa con mucho arte, hasta imponerlo de una manera muy singular, el personaje de Melusina. Bruscamente, me pregunta:

- ¿Quién mató a la Gorgona? Dímelo, dímelo! Sigo cada vez con mayor dificultad su soliloquio, interrumpido por las largas pausas que empiezan a hacérmelo intraducible. Como distracción propongo que salgamos de París. A tal efecto, nos dirigimos a la estación de Saint - Germain. Perdemos el tren por unos segundos. Debemos esperar cerca de una hora paseando por el vestíbulo. De pronto, corno el otro. día, un borracho empieza a rondar en torno nuestro. Se queja de que no encuentra su camino y desearía que yo lo acompañara hasta la calle. Nadja finalmente se ha acercado. Como ella afirma, y me lo hace comprobar, es exacto que todo el mundo, incluso la gente más apresurada, se vuelve para mirarnos, y no la miran a ella, sitio a nosotros.

- No pueden creerlo, ;comprendes?, se asombran de vernos juntos. ¡Es tan rara esta llama que brilla en tus ojos y en los míos!

Ahora estamos solos en un compartimiento de primera clase. La confianza, la atención y la esperanza han vuelto a ella. ¿Y si nos apeásemos en Vésinet? A ella le gustaría pasear un poco por el bosque. ¿Por qué no? Más de pronto, al darle yo un beso, lanza un grito y, señalando la' parte superior del espejo de la puerta del coche, dice:

- Hay alguien allí. Acabo de ver claramente una cabeza invertida.

. La tranquilizo como puedo. Cinco minutos después, insiste:

- Te digo que está allí, y lleva gorra. No, no es una visión. Sé cuando se trata de una visión. Me asomo al exterior. No hay nadie en la zancajera del coche ni en los peldaños del coche contiguo. Sin embargo, Nadja afirma que no puede haberse equivocado. Mantiene obstinadamente los ojos fijos en la parte alta del espejo y está muy nerviosa. Para asegurarme, me asoma otra vez. Alcanzo a ver, muy distintamente, retirarse la cabeza de un hombre que está echado de bruces en el techo de nuestro compartimiento, y que lleva, en efecto, gorra de uniforme. Se trata sin duda de un empleado de ferrocarril que puede llegar fácilmente allí desde la imperial del cercano vagón de segunda. En la próxima estación, mientras Nadja se halla junto a la portezuela y yo miro, a través de los cristales, bajar los viajeros, un hombre solo, antes de salir de la estación, le manda un beso. Lo mismo hace otro, y luego otro. Ella recibe complacida y con agradecimiento estos homenajes. No le faltan nunca y parece tenerlos en mucho. En Vésinet, cuyas luces están todas apagadas, es imposible hacerse abrir ninguna puerta. La idea de vagar por el bosque no resulta muy atractiva. Debemos esperar el próximo tren que nos dejará en Saint Germain, donde llegamos hacia la una de la madrugada. Nos dirigimos al Hotel del Príncipe de Gales. Al pasar por delante del castillo, Nadja ha querido ser madame de Chevreuse. ¡Con qué gracia ocultaba su rostro detrás de la pesada pluma inexistente de su sombrero!

¿Es posible que acabe aquí esta desatinada persecución? Persecución de qué, no sabría decirlo, mas persecución para poner así en obra todos los artificios de la seducción mental. Nada, ni el brillo, cuando son cortados, de los metales poco corrientes como el sodio, ni la fosforescencia, en ciertas regiones, de las canteras, ni el resplandor admirable que sube de los pozos, ni el crepitar de la madera de un reloj de pared que echo al fuego para que muera dando la hora, ni la atracción acrecentada que ejerce el cuadro El embarco para Citera cuando uno advierte que, con diversas actitudes, el artista sólo puso en escena una sola pareja, ni la majestad de los paisajes de depósitos de agua, ni el encanto de un lienzo de muro, con sus florecitas y sus sombras de chimeneas, de los inmuebles en demolición, riada de todo esto, nada de lo que constituye para mí mi luz propia ha sido olvidado. ¿Qué éramos nosotros ante la realidad, esta realidad que ahora está tendida a los pies de Nadja, como un perro taimado? ¿Bajo qué latitud podríamos estar entregados así al furor de los símbolos, presa del demonio de la analogía, blanco sabido de solicitaciones últimas, de atenciones singulares y especiales? ¿A qué se debe que, proyectados juntos, una vez por todas, tan lejos de la tierra, en los cortos intervalos que nos dejaba nuestro maravilloso estupor, hayamos podido cambiar algunos pareceres increíblemente concordantes por encima de los humeantes escombros del viejo pensamiento y de la sempiterna vida? Desde el primer día hasta el último, consideré a Nadja como un genio libre, algo como uno de esos espíritus del aire que ciertas prácticas de magia permiten que se encariñen, pero de ninguna manera que se sometan. Sé que ella, decididamente, llegó a tomarme por un dios, a creer que yo era .el sol. Recuerdo también - y en aquel momento nada podía haber más bello y trágico - , recuerdo habérmele aparecido negro y frío como un hombre fulminado yaciendo a los pies de la. Esfinge. He visto sus ojos de helecho abrirse por las mañanas ante un mundo donde el latir de las alas de la

esperanza inmensa se distingue apenas de los otros ruidos, que son los del terror, y en ese mundo yo sólo había visto cerrarse ojos. Sé que, para Nadja, esta partida de un puerto a donde es tan raro y temerario querer llegar, se efectuaba con desprecio de todo lo que se ha convenido invocar en el momento en que uno se hunde, voluntariamente muy lejos de la última balsa, a expensas de todo lo que forman las falsas pero casi irresistibles compensaciones de la vida. Allí, en lo alto del castillo, en la torre de la derecha, hay una estancia a la que sin duda a nadie se le ocurriría llevarnos, que es dudoso que visitemos - no hay caso de intentarlo - pero que, según Nadja es todo lo que tendríamos necesidad cíe conocer en Saint - Germain, por ejemplo. (Luis VI hizo construir, a principios del siglo XII, en bosque de Laye, un castillo real, origen del castillo actual y de la población de Saint - Germain.) Me agradan estos hombres que se dejan encerrar en un museo con el fin de poder contemplar a sus anchas, en horas ilícitas, un retrato de mujer que iluminan mediante una linterna sorda. ¡Cómo no sabrían después acerca de esa mujer mucho más de la que sabemos nosotros! Es posible que la vida reclame ser descifrada como un criptograma. Escaleras secretas, marcos cuyos lienzos se deslizan rápidamente desaparecen para dar paso a un arcángel que blande una espada o a los que deben avanzar siempre, botones sobre los cuales se ejerce presión muy indirectamente y que provocan el desplazamiento en altura y longitud de toda una sala y un rápido cambio de decoración; está permitido concebir la más grande aventura del espíritu como un viaje de esta índole al paraíso de las trampas. ¿Cuál es la verdadera Nadja? ¿La que me asegura haber vagado toda una noche, en compañía de un arqueólogo, por el bosque de Fontainebleau en busca de no sé qué vestigios de piedras que diríase, podían perfectamente descubrirse durante el día - ¡pero era tal la pasión de aquel hombre, quiero decir la criatura siempre inspirada e inspiradora que sólo gustaba de estar en la calle, único campo de experiencia válido para ella, en la calle: al alcance de la interrogación de todo ser humana lanzado hacia una gran quimera, o bien (¿por qué no reconocerlo?) la que caía, a veces, porque finalmente otros que se habían creído autorizadas a dirigirle la palabra, sólo habían sabido ver en ella a la más pobre e indefensa de todas las mujeres? Me ha ocurrido reaccionar con una terrible violencia contra el relato muy detallado que ella me hacía de ciertas escenas de su vida pasada, de las cuales yo juzgaba, sin duda de una manera muy superficial, que su dignidad no había podido salir incólume. El incidente de un puñetazo en pleno rostro que había hecho brotar sangre, en una sala de la cervecería Zimmer, del puñetazo que le había propinado un hombre a quien, con un maligno placer, ella había rechazado, simplemente porque era abyecto - y ella había pedido socorro varias veces, no sin tomarse el tiempo, antes de desaparecer, de manchar de sangre el traje del hombre -, estuvo a punto, a las primeras horas de la tarde del 13 de octubre, mientras ella me lo contaba atolondradamente, de alejarme de ella para siempre. No sé qué sentimiento de absoluta irremediabilidad despertó en mi el relato burlón de aquella horrible aventura, pero lloré largo rato después de haberlo escuchado, lloré como no me creía capaz de poder llorar. Lloré al pensar que debía no volver a ver más a Nadja, que no podría seguir viéndola. Ciertamente, no le reprochaba de ninguna manera que no me hubiese ocultado lo que me apenaba, más bien se lo agradecía;, pero que ella hubiese podido un día llegar a aquello, que en el horizonte, ¡quién sabe!, apuntasen tal vez para ella días semejantes, me asustaba pensarlo. ¡Nadja estaba a la sazón tan conmovedora no haciendo nada para vencer la resolución, que yo había tomado, sacando al contrario de sus lágrimas la fuerza para exhortarme a no desistir de esa resolución! Despidiéndose de mí, en París, no pudo, sin embargo, dejar de añadir en voz queda que aquello era imposible, pero no hizo nada entonces para que resultara más imposible. Si en definitiva lo fue, sólo dependió de mí.

He vuelto a ver a Nadja muchas veces. Creo que su pensamiento se ha aclarado y su expresión ha ganarlo en ligereza, originalidad y hondura. Es posible que al mismo tiempo el irreparable

Librodot

desastre que barrió con la parte de ella misma más humanamente definida, el desastre cuya noción tuve aquel día, me haya alejado de ella poco a poco. -

Por maravillado que continuara estando yo ante aquella manera de gobernarse que sólo se basaba en la más pura intuición, estaba también cada vez más alarmado al sentir que, cuando la dejaba. ella era envuelta de nuevo por el torbellino de aquella vida que proseguía aparte de ella misma, empecinada en obtener de ella, entre otras concesiones, que comiera y durmiese. Durante algún tiempo traté de proporcionarle el medio. para ello, tanto más cuanto que sólo lo esperaba de mí. Pero como ciertos días ella parecía vivir de mi sola presencia, sin prestar la menor atención a mis palabras, ni siquiera, cuando me hablaba de cosas indiferentes o callaba, advertir en absoluto mi aburrimiento, dudo mucho de la influencia que yo haya podido ejercer sobre ella para ayudarla a resolver normalmente esta clase de dificultades. - Multiplicaría allí en vano los ejemplos de hechos insólitos que parecen referirse sólo a nosotros y me disponen, en suma, en favor de cierto finalismo que permitiría explicar la particularidad de toda cosa, (Creo que toda idea de justificación teleológica en este dominio queda descartada.) de hecho, digo, de que Nadja y yo hayamos sido testigos en el mismo momento, o bien sólo uno de nosotros, Al correr de los días, sólo quiero recordar algunas frases, pronunciadas delante de mí o escritas de un tirón por ella, frases que son aquellas en que mejor vuelvo a hallar el tono de su voz y cuya resonancia en mí sigue siendo muy honda:

"Con el final de mi aliento que es el principio del tuyo."

"Si tú quisieras, yo no sería nada para ti, o sólo un rastro."

"La zarpa del león estrecha el seno de la viña."

"El rosa es mejor que el negro, pero los dos armonizan."

"Ante el misterio. Hombre de piedra, compréndeme."

"Tú eres mi dueño. No soy más que un átomo que respira o expira en la comisura de tus labios. Quiero tocar la serenidad con un dedo mojado de lágrimas'"

"¿Por qué esa balanza que oscilaba en la oscuridad de un agujero lleno de bolas de carbón?"

"No hay que entorpecer sus pensamientos con el peso de sus zapatos."

"Yo lo sabía todo. ¡He tratado tanto de leer, en mis arroyos de lágrimas"

Nadja inventó para mí una flor maravillosa: La Flor de los Amantes. Esta flor se le apareció durante una comida en el campo, y vi cómo, con gran .torpeza, procuró reproducirla. Trabajó varias veces en su dibujo, para mejorarlo y dar a las miradas una expresión distinta. Es esencialmente bajo este signo donde debe colocarse el tiempo que pasamos juntos, signo que continúa siendo el símbolo gráfico que ha dado a Nadja la clave de todos los demás. Varias veces intentó ella. hacer mi retrato con los cabellos erizados, como aspirados por un viento alto y semejantes a largas llamas. Estas llamas formaban también el vientre de un águila cuyas pesadas alas caían a ambos lados de, mi cabeza. Tras una observación inoportuna que yo hice sobre uno de sus últimos dibujos, y el mejor, Nadja cortó por desgracia toda la parte inferior, que era con mucho la más rica en atributos extraños. Este dibujo, fechado el 18 de noviembre de 1926, consiste en un retrato simbólico de ella y de mí la sirena, bajo cuya forma ella se veía siempre de espaldas y bajo ese ángulo, tiene en la mano un rollo de papel, el monstruo de ojos fulgurantes está con la parte anterior del cuerpo aprisionada por una especie de jarra con cabeza de águila y cubierta de plumas que significan las ideas. *El sueño del gato*, que representa al animal de pie y tratando de huir, sin darse cuenta de que está retenido al suelo por una pesa y suspendido por una cuerda que es también la mecha desmesuradamente gruesa de una lámpara derribada, es aún para mí el más oscuro. Es un recorte hecho aprisa después de una aparición. También. es un recorte, pero en dos partes, a fin de poder variar la inclinación de la cabeza, el conjunto constituido por un

rostro de mujer y una mano. *La salvación del Diablo* da testimonio, como *El sueño del gato*, de una aparición. El dibujo en forma de casco, así corno otro dibujo que lleva el título de *Un personaje nebuloso*, de difícil reproducción, son de otra vena: responden a la inclinación de buscar en el rameado de una tela, en los nudos de la madera, en lar lagartijas de los viejos muros, siluetas que se logran ver con facilidad. En este último dibujo se distinguen sin esfuerzo el rostro del diablo, una cabeza de mujer con un pájaro que le picotea los labios, la cabellera, el rostro y la cola de una sirena, una cabeza de elefante, una foca, el rostro de otra mujer, una serpiente, otras serpientes, un corazón, una especie de cabeza de buey. las ramas del árbol del bien y del mal y otros veinte elementos más que la ilustración deja un poco de lado, pero que hacen del dibujo un verdadero escudo de Aquiles. Hace al caso insistir en la presencia de dos cuernos cerca del borde superior derecho, presencia que Nadja no se explicaba, porque se presentaba siempre, y como si aquello a que estaban ligados fuera de una índole susceptible de enmascarar obstinadamente el rostro de la sirena (esto se observa particularmente en él dibujo hecho al dorso de la tarjeta postal). Algunos días después, en efecto, Nadja, que había venirlo a mi casa, reconoció estos cuernos en los de una gran máscara de Guinea que había pertenecido a - Henri Matisse y que siempre me ha gustarlo y he temido por su cimera monumental, semejante a una señal del ferrocarril, pero que ella sólo podía ver de aquella manera desde el interior de la biblioteca. En aquella misma ocasión, Nadja reconoció en un cuadro de Braque (*El guitarrista*) el clavo y la cuerda externos al personaje que, siempre me han intrigarlo, y en el cuadro triangular de Chirico (*El angustioso, viaje o El enigma de la Fatalidad*, porque los títulos de los cuadros de este pintor son controvertibles) la famosa mano de fuego. Una máscara cónica, tallada en médula de saúco y cañas, de la Nueva Bretaña, le hizo exclamar: "¡Mira! ¡Es Jimena!" y la estatuita de un cacique sentarlo se mostró para ella más amenazadora que las otras. Nadja se lanzó a largas interpretaciones sobre el sentirlo particularmente difícil de un cuadro de Max Ernst (*Pero los hombres no sabrán nada de ello*), y lo que dijo concordaba completamente con la detallada explicación que consta en el envés de la tela; otro fetiche que ya no tengo era para ella el dios de la maledicencia; a otro aún, de la isla de Pascua, que es el primer objeto salvaje que he poseído, le decía. "¡Te amo, te amo!" Nadja se imaginaba también muchas veces bajo, los rasgos de Melusina, que es de todas las figuras míticas la que sentía más cerca de ella. Y hasta la vi. esforzarse por trasladar todo lo posible esta semejanza a la vida real obteniendo de su peluquero, a toda costa, que distribuyera su peinado en cinco mechones distintos, de manera que quedase una estrella en medio de la frente. Los cabellos, además, debían recogerse para terminar delante de las orejas en forma de cuernos de morueco; la enroscadura de esos cuernos era también un tema al que se refería a menudo. Le gustaba imaginarse como una mariposa, cerca de cuyo cuerpo, formado por una lámpara "Mazda" (Nadja), se erguía una serpiente encantada (después no he podido ver sin inquietud parpadear él anuncio luminoso de "Mazda" en los grandes bulevares, que ocupa casi toda la fachada del antiguo teatro del Vaudeville, donde precisamente dos moruecos movibles se enfrentan, bañados por una luz de arco iris). Pero los últimos dibujos, sin terminar entonces, que Nadja me mostró en nuestro último encuentro, y que han debido desaparecer, en la tempestad que la arrastró, dan prueba de una habilidad muy distinta. (Antes de nuestro encuentro, Nadja no había dibujado nunca.) Allí, junto a una mesa, ante un libro abierto, un cigarrillo colocado sobre un cenicero que deja escapar insidiosamente una serpiente de humo, un mapamundi seccionado para que pueda contener algunos lirios, entre las manos de una mujer muy bella, todo estaba verdaderamente dispuesto para permitir el descenso de lo que ella llamaba el reflector humano, puesto fuera de todo alcance por garras, del cual Nadja decía que era " lo mejor de todo".

Librodot

Desde hacía mucho tiempo yo había dejado de entenderme con Nadja. En verdad, tal vez no nos entendimos nunca, por lo menos sobre la manera de considerar las simples cosas de la existencia. Ella había decidido de una vez por todas no tomarlas en cuenta, no preocuparse de la hora, no establecer ninguna diferencia entre las conversaciones ociosas que a veces sostenía y las otras que me interesaban tanto, no inquietarse en absoluto por mis estados de ánimo pasajeros y de la mayor o menor dificultad con que yo toleraba sus peores distracciones. Como dije, me contaba tranquilamente, sin ahorrarme ningún detalle, las más lamentables peripecias de su vida, se entregaba, aquí y allá, a algunas coqueterías desplazadas, me obligaba a esperarla, con las cejas fruncidas, hasta que se le antojara pasar a otros ejercicios, porque había poca duda acerca de que se volviese natural. ¡Cuántas veces, incapaz de aguantar más, desesperado de poder conducirla de nuevo a una concepción real de su valor, casi huí de ella, a riesgo de encontrarla al día siguiente tal como sabía ser cuando no estaba desesperada, y entonces yo me reprochaba mi rigor y le pedía perdón! A propósito de todo esto, tan deplorable, debo confesar, sin embargo, que ella tenía cada vez menos miramientos conmigo lo que suscitaba violentas discusiones, que ella enconaba atribuyéndoles causas mezquinas que no existían. Todo lo que hace que se pueda vivir de la vida de un ser, sin desear nunca obtener de él más de lo que da, que baste ampliamente verlo moverse o permanecer inmóvil, hablar o callar, velar o dormir, en cuanto a mí no existía, nunca habla existido, - no cabía la menor duda de ello. Y no podía ser de otro modo, teniendo en cuenta el mundo que era el de Nadja, donde todo cobraba muy pronto el aspecto de la ascensión y de la caída. Pero juzgo esto a posteriori y me arriesgo a decir que no podía ser de otro modo. Aunque sintiera cierta inclinación a ello, acaso también alguna ilusión, tal vez no estuve a la altura de lo qué ella me proponía. Pero ¿qué me proponía? No importa. Sólo el amor en el sentido en que lo entiendo - y entonces el misterioso, el improbable, el único, el aturrullador, el indudable amor y, finalmente, el que soporta todas las pruebas - hubiera podido realizar el milagro.

Hace algunos meses me dijeron que Nadja estaba loca. Tras algunas excentricidades suyas cometidas, parece, en los pasillos de su hotel, tuvo que ser internada en el manicomio de Vaucluse. Otros, no yo, criticarán inútilmente este hecho, que no dejarán de considerar como el desenlace fatal de todo lo que precede. Los más avisados - se apresurarán a buscar la parte que conviene deslindar, en lo que he relatado de Nadja, de las ideas ya delirantes y tal vez atribuirán a mi intervención en su vida, intervención prácticamente favorable al desarrollo de estas ideas, un valor terriblemente - ,determinante. Por lo que respecta a los que dicen: "¡Ah, entonces... !" O bien: "¡Ya lo ve usted!" "Yo pensaba también...", "En tales , condiciones:..", en cuanto a esos cretinos de baja estofa, ni que decir tiene que prefiero dejarlos en paz. Lo esencial es qué para Nadja no creo que pueda haber una gran diferencia - entre el interior de un manicomio y el - exterior. Sin embargo, debe de haber, desgraciadamente, una diferencia, a causa del irritante chirrido de una llave al girar en la cerradura, de la contemplación del feo jardín, del aplomo de las personas que interrogan cuando uno desearía que no se acercara ninguna ni siquiera para limpiarle los zapatos, como el profesor Claude, en Sainte - Anne, con su frente de ignaro y aquel aire obstinado que lo caracterizan (" - Le tienen inquina, ¿no es verdad?" " - No, señor." - "¡Miente usted! La semana pasada me dijo que le tenían inquina." O bien: " - Usted oye voces. Está bien. ¿Se trata de voces como la ` mía?" " - No, señor." " - Bueno, hay alucinaciones auditivas, etc."), del uniforme abyecto, como todos los uniformes, del esfuerzo necesario para adaptarse a tal medio, ya que, después de todo, es un medio y, como tal, exige en cierta medida que se adapten a él. No es necesario haber estado alguna vez en un manicomio para saber que allí hacen a los locos, de la misma manera que en los correccionales hacen a los bandidos. ¿Hay nada más odioso que estos organismos dichos de protección social que, por un pecadillo, una primera

falta exterior contra el decoro o el sentido común, precipitan a una persona cualquiera entre gente cuyo trato sólo puede serle nefasto y sobre todo la privan sistemáticamente de relacionarse con todos aquellos cuyo sentido moral o práctico está más asentado que el suyo? Los periódicos nos informan de que en el último congreso internacional de psiquiatría, desde la primera sesión todos los delegados presentes se han puesto de acuerdo para combatir la persistente idea popular de que aun hoy en cita resulta tan difícil salir de un manicomio corno en otros tiempos salir de los conventos; que están retenidas allí toda la vida personas que nada tuvieron, o no tienen ya, que hacer en tal lugar; que la seguridad pública no está generalmente tan en juego como se da a entender. Y cada alienista clama tener en su activo uno o dos casos de excarcelación, grita que puede proporcionar ejemplos de grandes catástrofes ocasionadas por el regreso prematuro o mal entendido a la libertad de ciertos enfermos graves. Como su responsabilidad está más o menos implicada en semejante - aventura, dejan entender que en la duda prefieren abstenerse. Bajo este aspecto. sin embargo, creo que el problema está mal planteado. La atmósfera de los manicomios es de tal suerte que no puede menos de ejercer la más debilitante y perniciosa influencia en aquellas personas que se alojan en ellos, y esto en el sentido mismo en que su debilidad inicial las ha conducido allí. Y todo ello, complicado aun por el hecho de que toda reclamación, toda protesta, todo movimiento de intolerancia sólo tiende, a haceros acusar cíe insociabilidad (ya que, por paradójico que sea, incluso en ese dominio se os pide que seáis social), únicamente sirve para la formación de un nuevo síntoma contra vosotros, síntoma susceptible no solamente de impedir vuestra. curación si, por otra parte, esta tuviera que, alcanzarse, sino aun de no permitir que vuestro estado siga estacionario y no se agrave con rapidez. De ahí estas evoluciones tan trágicamente aceleradas que pueden verse en los manicomios y que, muy a menudo, no deben corresponder únicamente a una sola enfermedad. Hay motivos para denunciar, en materia de enfermedades mentales, el proceso de este paso casi fatal de la crisis aguda al cronicismo. Considerando la infancia extraordinaria y tardía de la psiquiatría, no, se puede hablar de ninguna manera de curaciones realizadas en tales condiciones. Por otra parte, creo que los más concienzudos alienistas ni siquiera se preocupan de esto. Si, ya no hay, en el sentido corriente, internamiento arbitrario, puesto que un acto anormal que se presta a comprobación objetiva y toma un carácter delictuoso desde que es cometido en la vía pública, radica en el origen de estas detenciones mil veces más espantosas que las otras. Pero yo creo que todos los intercambios son arbitrarios. Sigo sin comprender por qué se ha de privar de la libertad a un ser humano. Encerraron a Sade, encerraron a Nietzsche, encerraron a Baudelaire. El procedimiento que consiste en venir a sorprenderos de noche y poneros la camisa de fuerza o dominaros de cualquier otra forma, vale tanto como el de la policía que consiste en deslizaros un revólver en el bolsillo. Sé que si estuviera loco y llevara internado algunos días, aprovecharía la primera remisión de mi delirio para asesinar fríamente al primero que se pusiera a mi alcance, con preferencia el médico. Por lo menos ganaría, como los locos furiosos, que me pusieran en una celda individual. Tal vez me dejarían en paz.

El desprecio que en general me inspira la psiquiatría, con sus pompas y sus glorias, es tal, - que no he osado aún indagar qué ha sido de Nadja. Ya dije por qué era pesimista respecto a su suerte y a la de algunos otros seres de su especie. Tratada en una casa de salud particular, con todos los cuidados de que gozan los ricos, sin sufrir ninguna promiscuidad que pidiera perjudicarla, sino al contrario, reconfortarla oportunamente por presencias amistosas, satisfechos sus gustos en lo posible, conducida insensiblemente hacia un sentido aceptable de la realidad, para lo que hubiera sido necesario que no se la contrariase en nada y que se cuidaran de hacerla remontar hasta el origen de su desasosiego, me adelanto tal vez, y sin embargo, todo me hace creer qué ella hubiera

- salido del atolladero. Pero Nadja era pobre, cosa que hoy en día basta para condenarla, en cuanto ella osa no estar completamente en regla con el código imbécil del buen sentido y las buenas costumbres. También estaba sola. "Hay momentos en que es terrible estar hasta tal punto sola. No tengo más amigos que vosotros", dijo a mi mujer, por teléfono, la última vez. En fin, ella se encontraba fuerte, y muy débil, todo lo que se puede serlo, en la idea que siempre la había poseído, pero en la que yo la había sostenido demasiado, en la que la habla ayudado demasiado a dejar atrás a otra, a saber: que la libertad, adquirida aquí abajo al precio de mil renunciamientos difíciles, exige que se goce de ella sin restricciones durante el tiempo que se entrega, sin consideraciones pragmáticas de ninguna clase, y esto porque la emancipación humana, concebida en definitiva bajo su forma revolucionaria más sencilla, que no es menos que la emancipación humana en todos los conceptos, entendámonos bien, según los medios de que cada cual dispone, sigue siendo la única causa digna de servir. Nadja estaba hecha para servirla, aunque sólo fuera demostrando que debe fomentarse en torno a cada ser un complot muy particular que no existe solamente en su imaginación, un complot que, desde el simple punto de vista del conocimiento, convendría tener en cuenta, y también, aunque mucho más peligrosamente, pasando la cabeza, y luego un brazo, entre los barrotes así apartados de la lógica, es decir, de la más odiosa de las prisiones. Es por este último camino como hubiera debido retenerla, mas para ello hubiera sido necesario primero que yo hubiese tenido conciencia del peligro que ella corría. Además, nunca pensé que ella pudiera perder, o que hubiese ya perdido, el favor de ese instinto de conservación - al que ya me he referido - que hace que, después de todo, mis amigos y yo, por ejemplo, nos comportemos bien al paso de una bandera, limitándonos a no saludarla, que en toda ocasión no la tomemos con el primero que se nos pone delante, que no nos demos la alegría incomparable de cometer algún hermoso - sacrilegio, etc. Aun si esto no redunda en honor de mi discernimiento, confieso que no me parecía exorbitante, entre otras cosas, que Nadja me entregara una nota firmada "Henri Becque", en la cual éste le daba consejos. Si estos consejos me eran desfavorables, me limitaba a contestar: "Es imposible que Becque, que era un hombre inteligente te haya dicho esto." Pero yo comprendía muy, bien puesto que se sentía atraída por el busto de Becque (que se levanta en la plagia Villiers) y amaba la expresión de su rostro, que ella llegara a tener una opinión sobre ciertos temas. Esto por lo menos no es más desatinado que interrogar acerca de lo que debe hacer un santo o una divinidad cualquiera. Las cartas de Nadja, que yo leía con los mismos ojos con que leo toda suerte de textos poéticos, no tenían para mí nada alarmante. Sólo añadiré algunas palabras de defensa. La bien conocida falta de delimitación entre la no - locura y la locura no me inclina a conceder un valor distinto a las percepciones y a las ideas que son el hecho de una y otra. Hay sofismas infinitamente más significativos y de mayor alcance que las verdades menos contestables: revocarlos como sofismas es algo que carece a la vez de grandeza y de interés. Si eran sofismas, hay que confesar que por lo menos han contribuido más que nacía a hacerme lanzar a mí mismo, a éste que de muy lejos viene al encuentro de mí, el grito siempre patético de: "¿Quién vive?" ¿Quién vive? ¿Eres tú, Nadja? ¿Es verdad que el más allá, todo el más allá, se encuentra en esta vida? No te oigo. ¿Quién vive? ¿Yo solo? ¿Soy yo mismo? Envidio (es una manera de hablar) a todo hombre que dispone de tiempo para preparar algo como un libro, y que, tras haber - terminado, Halla la manera de interesarse en la suerte de dicho algo o, después de todo, en la suerte que dicho algo le causa. ¡Que no me deje creer que por el camino se le iba presentado por lo menos una verdadera ocasión de renunciar a ello! Habría seguirlo adelante y podría esperarse de él que nos hiciera el honor de decirnos por qué. Por lo que yo puedo ser tentado de emprender que requiera mucho aliento, estoy demasiado seguro de desmerecer la vida tal como la amo y se me ofrece: - la vida hasta perder , el aliento. Los

espaciamientos bruscos de las palabras en una frase; incluso si está impresa, el subrayado que, hablando, se traza en cierto número de proposiciones cuya suma no importa hacer; la elisión completa de los acontecimientos que, de un día al otro o a cualquier otro, sacuden de arriba abajo los datos de un problema del que se ha creído poder esperar la solución; el indeterminable coeficiente afectivo con que se cargan y descargan a través del tiempo las ideas más lejanas que se sueña emitir así como los más concretos de los recuerdos, son la causa de que ya no tenga sino el valor de asomarme al intervalo que separa estas líneas de las que, hojeando este libro, parecerían terminar dos páginas antes. (Así, hace algún tiempo, en el muelle del Vieux - Port de Marsella, a la caída de una tarde en que no tenía nada que hacer, contemplaba yo a un pintor extrañamente escrupuloso luchar con habilidad y rapidez, en la tela, con la luz declinante. La mancha que correspondía a la, del sol descendía poco a poco, a medida que el astro se hundía. al fin no quedó nada. El pintor encontróse de pronto muy retrasado. Hizo desaparecer el' rojo de un muro, eliminó uno o dos reflejos que quedaban sobre el agua. Su cuadro, terminado para él y para mi como el más inacabado del mundo, me - pareció muy triste y muy bello.) Intervalo muy breve, omisible para un lector apresurado, pero, he de decirlo, desmesurado y de un valor inapreciable para mi. ¿Cómo podría hacerme oír? Si releyese este relato con el ojo paciente y en cierto modo desinteresado que estaría seguro de tener, apenas sé, para ser fiel a mi sentimiento actual de mí mismo, lo que salvaría de estas páginas. No me interesa saberlo. Prefiero pensar que desde últimos de agosto, fecha de su interrupción, hasta últimos de diciembre, en que este relato, abrumado yo por una emoción que afectaba, esta vez más al corazón que al espíritu, se desprende de mí, a riesgo de dejarme estremecido, he vivido mal o bien - como se puede vivir - de las mejores esperanzas que esta obra preservaba, y luego, créame quien quiera, de la realización íntegra, sí, de la realización inverosímil de dichas esperanzas. Y porque la voz que atraviesa el relato me parece aún humanamente poder elevarse, no repudio algunos raros acentos que en él he puesto. Cuando Nadja, la persona de Nadja está tan lejos. : —como algunas otras. Y que traído, ¿quién puede saberlo?, recobrado ya por la Maravilla, la Maravilla, en la cual mi fe no habrá cambiado por lo menos desde la primera hasta la última página de este libro, resuene en mis oídos un nombre que ya no es el suyo.

He empezado por volver a ver algunos de los lugares a los cuales este relato conduce. Deseaba, en efecto, dar de ellos, así como de algunas otras . personas y objetos, una imagen fotográfica que fuese tomada de acuerdo con el ángulo especial desde el cual yo los había visto. En tal circunstancia, he comprobado que, con algunas excepciones, se defendían más o menos contra mi propósito, de modo que, a mi juicio, la parte ilustrada de Nadja resultó muy insuficiente: Becque, rodeado de vallas siniestras, la dirección del Teatro Moderno escamada. Pourville muerta y decepcionante como ninguna otra población francesa, la desaparición de casi todo lo que se refiere a *El abrazo del pulpo* y, sobre todo, porque me interesaba esencialmente, aunque no se hable de ello en este libro, la imposibilidad de obtener la autorización de fotografiar la adorable añagaza que es, en el museo Grévin, esa mujer que finge apartarse en la sombra para abrocharse su liga, y que, en su posición inmutable, es la única estatua que conozco que tenga ojos, los ojos de la provocación. (No me había sido dado comprender hasta aquel día todo lo que, en la actitud de Nadja frente a mí, delata la aplicación de un principio de subversión total, más o menos consciente, del cual sólo citaré como ejemplo el siguiente hecho. Conducía yo una noche un automóvil por la carretera de Versalles a París, llevando a mi lado a una mujer que era Nadja, pero que hubiera podido ser, ¿no es verdad?, cualquier otra, e incluso tal otra. Con su pie manteniendo el mío presionando el acelerador, sus manos tratando de taparme los ojos, en el olvido que causa un interminable beso, quería que sólo existiéramos, sin duda para siempre

jamás, el uno para el otro, y que de aquella manera, a toda velocidad, fuéramos al encuentro de los hermosos árboles. ¡Qué prueba para el amor, en efecto! Es ocioso añadir que no accedí a aquel deseo. Se sabe cómo eran entonces, cómo han sido casi siempre, en mi sentir, mis relaciones con Nadja. No por eso le agradezco menos que me haya revelado, de una manera terriblemente conmovedora, a qué nos hubiera conducido en aquellos momentos un reconocimiento común del amor. Cada vez me siento menos capaz de resistir a semejante tentación en todos los casos. En este último recuerdo, no puedo menos de dar las gracias a aquella que me hizo comprender la casi necesidad de ello. Es una extraña intensidad de desafío que ciertos seres muy raros, y que pueden esperarlo todo y tenerlo todo unos de otros, se me conocerán siempre. Idealmente al menos, me vuelvo a hallar a menudo, con los ojos vendados, al volante de aquel coche salvaje. Mi amigos, de la misma manera que son aquellos en cuyas casas estoy seguro de que hallaría refugio en el caso de que a mi cabeza se le pusiera precio de acuerdo con su peso en oro, y que correrían un inmensa peligro ocultándome - me son deudores solamente de esta trágica esperanza que deposito en ellos - , también, en materia de amor, no habría duda para mi de que, si se dieran todas las condiciones requeridas, repetiría aquel paseo nocturno). En tanto que el bulevar Bonne - Nouvelle, tras haber, desgraciadamente estando yo ausente de París, durante las magníficas jornadas de saqueo llamadas "Sacco - Vatizetti", parecido responder a la espera que fue la mía, después de haberse señalado verdaderamente como uno de los grandes puntos estratégicos que yo busco en materia de desorden y sobre los cuales persisto en creer que me son obscuramente proporcionadas algunas indicaciones, tanto a mí como a cuantos ceden preferentemente a instancias semejantes, con tal que la revolución esté en juego y arrastre la negación de todo lo demás; en tanto que el bulevar Bonne - Nouvelle con las fachadas de sus cines repintadas se ha movilizarlo para mí desde entonces como si la puerta de Saint - Denis acabara de cerrarse, he visto renacer y morir de nuevo al Théâtre des Deux - Masques que no era más que el Théâtre du Masque y que siempre en la calle Fontaine se encontraba a medio camino de mi casa. Etc. Es raro, como decía aquel abominable jardinero. Pero así van las cosas ¿no es verdad?, del mundo exterior, ese aburrido cuento. Y así ocurre con el tiempo, un tiempo de perros.

No soy yo quien meditaría sobre lo que pasa con " la forma de una ciudad", aun de la verdadera ciudad separada y abstraída de esta en que vivo por la fuerza de un elemento que sería a mi pensamiento lo que el aire se supone es a la vida. Sin ningún pesar la veo en, esta hora convertirse en otra y huir. Se desliza, arde, se hunde entre el estremecimiento de hierbas locas de sus barricadas, en el sueño de las cortinas de sus habitaciones donde un hombre y una mujer continuaran tranquilamente amándose. Dejo esbozado este paisaje mental, cuyos límites me desalientan, a pesar de su asombrosa prolongación por el lado de Aviñón, donde el Palacio de los Papas no ha sufrido noches de invierno ni fuertes lluvias, donde un viejo puente ha terminado por hundirse bajo una canción infantil, donde una mano maravillosa e imposible de - traicionar me señaló hace tiempo una gran placa indicadora de color azul celeste en la que constaban, estas palabras: LAS AURORAS. A pesar de esta prolongación y de todas las demás, que me sirven para plantar una estrella en el corazón mismo del terminado. Yo adivino, y antes que esto quede establecido ya he adivinado. No empece que si es necesario esperar, si es necesario estar seguro, si es necesario tomar precauciones, si es necesario hacer al fuego la parte del fuego, y solamente la parte, me niegue rotundamente. Que la gran inconsciencia viva y sonora que me inspira mis solos actos probadores disponga para siempre de todo lo que yo soy. Me privo con placer de toda oportunidad de volver a tomarle lo que aquí de nuevo le doy. Por una vez aún sólo quiero reconocer a ella, sólo quiero confiar en ella y, casi despacio, correr sus inmensas escolleras,

fijando yo mismo un punto brillante que sé está en mi ojo y me evita que choque contra sus fardos nocturnos. `

Me contaron hace tiempo una - historia muy estúpida, sombría y conmovedora. Un señor se presenta un día en un hotel y pide una habitación. Le dan la número 35. Al bajar, minutos después, deja la llave en la administración y dice:

- Excúseme, soy un hombre de muy poca memoria. Si me lo permite, cada vez que regrese le diré mi nombre: el señor Delouit y entonces usted me repetirá el número de mi habitación.

- Muy bien, señor.

A poco, el hombre vuelve, abre la puerta de la oficina:

- El señor Delouit.

- Es el número 35. - - Gracias.

Un minuto después, un hombre extraordinariamente agitado, con el traje cubierto de barro, ensangrentado y casi sin aspecto birmano entra en la administración del hotel y dice al empleado:

- El señor Delouit. ,

- ¿Cómo? ¿El señor Delouit? A otro con ese cuento. El señor Delouit acaba de subir.

- Perdón, soy yo... Acabo de caer por la ventana ¿Quiere hacer el favor de decirme el número de mi habitación? -

Ésta es la historia que, yo también, tuve el deseo de contare, a ti, cuando apenas te conocía, oh tú que no puedes recordar pero que habiendo, como por azar, conocido el principio de este libro, has intervenido tan oportunamente, tan violentamente y tan eficazmente, cerca de mí, sin duda para recordarme que yo lo quería "batiente como una puerta" y que por esta puerta sin duda yo sólo te vería entrar a ti. Sólo tú entrarías y saldrías. Tú, que de todo lo que he hecho no habrás recibido. más que un poco de lluvia sobre 'tu mano levantada Hacia LAS AURORAS. Tu, que me haces lamentar tanto haber escrito esta frase absurda e irretractable sobre el amor, el único amor, "el que soporta todas las pruebas". Tú, que para todos los que nos escuchan no debes ser una entidad sino una mujer; tú, que más que nada eres una ;mujer, a pesar de todo lo que se me ha impuesto y se me impone en ti para que seas una Quimera. Tú, que haces admirablemente todo, lo que haces. y cuyas espléndid as razones, que para mí no lindan con el desatino, brillan y caen mortalmente como el rayo. Tú, la criatura más viviente y que - pareces." haber sido puesta en mi camino sólo para que experimente con todo su rigor la fuerza de lo que, no ha sufrido en ti. Tú, que sólo conoces el mal de oídas. Tú, con toda seguridad, idealmente hermosa. Tú, a quien todo conduce al alba y que por esto mismo tal vez no volveré a ver nunca. . . `

¿Qué haré sin ti con este amor para el genio que siempre he sentido alentar en mí, y en nombre del cual lo menos que he podido hacer ha sido suscitar algunos agradecimientos, aquí y ,allá? Me jacto de saber dónde está el genio, de casi conocer en qué consiste, y lo consideraba capaz de conciliarse todos los otros grandes ardores. Creo ciegamente en tu genio. No sin tristeza, retiraré esta palabra, si te sorprende. Pero entonces, la desterraré del todo. El genio... ¡Qué podría yo esperar aún de algunos posibles intercesores que se me han presentado bajo este signo y que he cesado de tener cerca de ti.

Sin hacerlo adrede, tú has substituido a las formas que me eran más familiares y a varias figuras de mi presentimiento. Nadja era una de estas últimas, y considero perfecto que me la hayas ocultado.

Todo lo que sé es que esta substitución de personas se detiene en ti, porque nada puede substituirte, y que, para mí, esta sucesión de enigmas debía terminar para siempre ante ti.

Tú no eres un enigma para mí.

Digo que tú me desvías para siempre del enigma.

Ya que existes, como sólo tú sabes existir, tal vez no era muy necesario que este libro existiera. He creído poder decidir de otro modo, como recuerdo de la conclusión que deseaba darle antes de conocerte y que tu irrupción en mi vida no ha hecho inútil a mis ojos. Este final sólo cobra su verdadero sentido y toda su fuerza a través de ti.

Ella me sonríe como a veces me has sonreído tú, detrás de grandes zarzales de lágrimas. "Es todavía él amor", decías tú. Y, más injustamente, llegaste a decir también: "O todo o nada."

No me opondré nunca a esta fórmula, con que se ha armado una vez por todas la pasión, erigiéndose en defensora del mundo contra él mismo. A lo sumo, me atrevería a interrogarla sobre la naturaleza de este "todo", si, a ese respecto, por ser la pasión, no se hiciera necesario que estuviese imposibilitada de escucharme. Sus movimientos diversos aun en la medida en que soy víctima de ellos - y que ella sea alguna vez capaz de arrebatarme la palabra, de negarme el derecho a la existencia ¿cómo. me arrancaríais todo entero del orgullo de conocerla, de la humildad absoluta con que deseo estar ante ella, sólo ante ella? No apelaré contra sus más crueles y misteriosos decretos. Sería como desear detener el curso del mundo, en virtud de no sé qué potencia ilusoria - que ella me da. Sería como negar que "cada cual quiere y cree ser mejor que este mundo que es el suyo, pero aquel que es mejor no hace más que expresar mejor que otros este mismo mundo.(Hegel).

Cierta actitud se deduce necesariamente con respecto a la belleza, la cual, obviamente, sólo ha sido tomada en cuenta aquí para fines pasionales. De ningún modo estática, es decir, encerrada en su "sueño de piedra", perdida para el hombre en la sombra de esas Odaliscas, al fondo de esas tragedias que solamente pretenden cercar un solo día, apenas menos dinámica; es decir, sometida a este desenfrenado galope después del cual ha de comenzar otro galope semejante; es decir, más traviesa que un copo de nieve; es decir, decidida, temiendo ser torpemente abrazada, a no dejarse besar nunca: - ni dinámica ni estática, veo la belleza como te he visto a ti. Como ya, he visto lo que, a su hora y con un tiempo previsto, y esmero y creo con toda mi alma que se dejará repetir, te entregaba .a mí.

Ella es como un tren que tironea en la estación de Lyon, pero que yo sé que no partirá nunca, que no ha partido. Ella está hecha de sacudidas, muchas de las cuales no tienen ninguna importancia, pero que sabemos destinadas a producir una *Sacudida* ,que sí la tiene, que tiene toda la importancia que yo no quisiera darme. El espíritu se, arroga, un poco en todas partes, derechos que no tiene. La belleza, ni dinámica ni estática. El corazón humano, bello como un sismógrafo."

Realeza del silencio... Un periódico de la mañana bastará siempre para darme noticias mías:

26 de diciembre. El encargado de la Estación de telegrafía sin hilos situada en la Ile du Sable, ha captado el fragmento de un mensaje que. seguramente fue lanzado el domingo por la noche, a tal hora, por el. .. El mensaje decía, especialmente: "Algo se ha descompuesto..." pero no indicaba ' la posición del avión en aquel momento y, a causa de las malas condiciones atmosféricas y de las interferencias que se producían, el telegrafista no ha podido captar ninguna otra frase ni establecer nueva comunicación.

El mensaje había sido transmitido por, una onda de 625 metros; por otra parte, dada la fuerza de la recepción, él telegrafista ha creído poder localizar el avión dentro de un radio de 80 kilómetros alrededor de la lle du Sable.

La belleza será CONVULSIVA o no será.